MIEL DE ENTRESIJOS

Carlos Casado Cuevas

MIEL DE ENTRESIJOS

Vision Libros

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2012 Miel de entresijos
© Carlos Casado Cuevas
© 2012 Editorial: Vision Libros
C/ Magnolias 35 bis 28029 Madrid. España
Web: www.visionlibros.es Tel: 0034 91 3117696

ISBN: 978-84-9011-461-2
Depósito legal: M-25935-2012

Disponible en papel y ebook
www.visionlibros.com
www.terrabooks.com

Pedidos a:
pedidos@visionnet.es

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a:
subscripción@visionnet.es

A Aitor y Leire, recién unidos en matrimonio,
A Iratxe y David que se estrenan como padres,
y a Unai, mi nieto, que aún no ha tenido tiempo
de sorprenderse de las cosas de este mundo.

Conozco bien los caminos
conozco los caminantes
del mar, del fuego, del sueño,
de la tierra, de los aires.
Y te conozco a tí
que estás dentro de mi sangre.

Miguel Hernández



1

Caminaba Julio Corriente, calle abajo, con las manos en los bolsillos, los ojos perdidos en un horizonte nublado y el pensamiento en divagaciones estériles. El estado del tiempo parecía no influir en su ánimo. Caminaba distraído, sin darse cuenta de cuanto acontecía en su derredor. Al punto, tropezó con una señora que en dirección contraria cargaba con las bolsas de la compra. Ni una palabra, pero la mirada de la señora de las bolsas se arrastró tras él como si fuera su propia sombra, y esa mirada sentenció una conjura como lo hacen las miradas de los que se dedican a echar el mal de ojo.

Julio Corriente se lo adivinó en el rostro, ese rostro que apenas pudo distinguir entre el rubor y el despiste que le envolvían. Además, no se detuvo para poder ver la reacción con el detenimiento que requería una disculpa educada.

Se cruzó también con otras señoras que igualmente llevaban en sus manos bolsas de la compra. Procuraba Julio Corriente no acercarse tanto a ellas como se había acercado a la señora con la que se tropezó sin quererlo. Las señoras de las bolsas iban con prisas, quizá porque habían dejado la comida en el fuego, quizá porque se

hacía tarde para preparar el almuerzo del marido que estaba a punto de llegar después de una mañana dura en el trabajo de la fábrica, o quizá simplemente porque esa era su costumbre. Algunas miraban escaparates, sin prisas. Y yo observaba, como en función de espía aspirante, cuanto sucedía calle arriba y calle abajo.

—Pedro Antonio, no pases de las cosas, necesitas introducirte más en los entresijos de lo cotidiano, es menester que dediques tu tiempo también a ser protagonista—.

Lo escuché como quien oye llover. Pero después caí en la cuenta que Pedro Antonio era yo, y que a mí me hablaba la voz interior con cierta insistencia. Tuve deseos de escucharla con mayor atención, pero mis ocupaciones, a veces, servían de pretexto para dilatar ese tiempo de espera.

Aquella mañana terminé la clase de historia con la impresión de haber dejado en los alumnos una laguna de vacío intelectual difícilmente justificable. Las últimas preguntas de los alumnos se habían quedado en la sala de espera del aguante, una vez más, al no encontrar en mí la respuesta adecuada.

No pude desdoblar los enquistados pliegues de tantas incógnitas abiertas sobre los conquistadores del mundo americano, que nosotros decimos nuevo mundo. Incógnitas sobre las intenciones de los conquistadores y sobre el comportamiento posterior a la conquista. Cada día proliferaban interpretaciones y teorías distintas sobre la conquista y los conquistadores. Yo me resistía a aceptarlas en mi arsenal de conocimientos históricos como hubiera sido natural, por eso quizá me acosaban con saña mis propios alumnos golpeándome en la parte más débil.

No pude satisfacer su curiosidad intelectual porque estamos en otros tiempos, vivimos la historia de manera distinta y juzgamos los comportamientos históricos bajo otras coordenadas. Ese era mi pensamiento por entonces, después fue cambiando para ponerme una vez más a favor de los vientos.

¿No habrá sido la conquista del nuevo mundo una empresa que llevaron a cabo personas que iban buscando, como busco yo mismo, esa libertad escurridiza que no se deja atrapar? — me pregunté en la sala más extensa de mi silencio interior.

Julio Corriente seguía por la acera sin mirar a los lados. Parecía buscar algo determinado como el rayo de sol busca resquicios entre las hojas de los árboles para llegar con el calor de sus rayos a tocar la corteza de la tierra.

A la vuelta de la esquina, enfrente de la plaza principal de la ciudad, se detuvo para dar paso a un repartidor de bebidas que llevaba una torre de cajas sobre su carretilla. Se lo agradeció a Julio Corriente con una frase correcta y cortés, al mismo tiempo que le ofreció una abierta sonrisa de complicidad. Yo me quedé atrás, sin dar la vuelta a la esquina que Julio Corriente había doblado para continuar su camino.

El pensamiento había corrido más que mis pies, que estaban como clavados en la corteza de las baldosas de la acera, y volaba en cielos abiertos, sin dirección ni destino. Pero volaba. Me encontraba identificado con mi pensamiento, sin caer en la cuenta que mis pies, y todo mi cuerpo, estaban allí todavía. Las limitaciones de mi ser no se habían movido del sitio. Estaba yo, todo entero, sobre la acera, dejando pasar al repartidor de las bebidas con su carretilla, colmada de cajas llenas de botellas. Estaba yo, todo entero, pero me faltaba la

aquiescencia de mi propio pensamiento. Estaba allí, me daba cuenta de ello, pero también, y sobre todo, estaba identificado allá lejos con ese otro yo, con el pensamiento que daba sabor y sentido a la existencia.

—¿Por qué corres tanto que dejas atrás a tu propio cuerpo? — había escuchado de una voz cercana, sin identificar, que se ofrecía como compañía en el caminar por espacios etéreos y dilatados.

—Es verdad, — reconocí sin dar demasiada importancia al hecho denunciado por la voz invisible.

Tan pronto como se abrió el semáforo, o mejor dicho, tan pronto como el muñequito colgado en la columna del semáforo se transformó en verde, Julio Corriente cruzó la calle.

La mujer del quiosco vendía la prensa del día y las revistas de la semana. Estaba sentada en su asiento de siempre, con el gabán puesto y la bufanda alrededor del cuello. La climatología del día no aconsejaba otra cosa.

Hacía frío, pero no tanto como para abrigarse de esa manera, pensé en un primer momento. La vendedora sentía aún más la sensación de frío que los que se movían por los alrededores del quiosco. Ella estaba parada y la sensación de frío o de calor se podía hacer insoportable. En invierno, era el frío. Por el contrario, cuando llegaba el verano, el calor se desparramaba sobre su cuerpo como una ducha desagradable de humedad y de asfixia.

Al lado del semáforo esperaba un joven con el bastón en la mano y los ojos varados, perdidos en no sé qué dimensiones. Esperaba que alguna persona sensible y caritativa le ayudara a cruzar la calle cuando lo ordenara el muñeco verde de la columna del semáforo.

Así lo hizo una señora con ademanes amables y acciones solidarias. Junto al ciego del bastón había cruzado también una joven madre con la silla de su hijo en una mano y las bolsas de la compra en la otra.

—¡Cuantas limitaciones impone la vida!— oí la voz invisible que anteriormente me había increpado por correr más con el pensamiento que con el cuerpo que lo sustentaba.

—Sí, muchas limitaciones. No somos libres. —se me ocurrió como salida a la insinuación de la voz que siempre me acompañaba, desde que aprendí a razonar y a preguntarme el porqué de las cosas.

—¿Has dicho que no somos libres?

—Sí. Lo he dicho y puedo repetirlo tantas veces como sea necesario. Porque es la pura verdad —contesté.

—Tú no eres libre. No son libres los que caminan ahora por la acera en dirección al paso de peatones. No es libre Julio Corriente. No son libres los que venden en los quioscos, los que reparten bebidas, los que hacen las compras diarias, los que trabajan en las fábricas, los maestros, los alumnos. Tampoco pueden cacarear su condición de libres los que mandan, los que organizan, los que dirigen las empresas y los gobiernan los países. No tienen la condición de libres los que fabrican las armas y los que las usan, los que hacen los proyectos y los que construyen los edificios.

Concentrado en escuchar lo que me iba diciendo la voz acompañante, no me percaté de la presencia de dos caballeros que conversaban junto a la esquina siguiente. Llevé por delante el hombro del que estaba situado a la parte izquierda en la dirección que yo seguía.

—Disculpa, — le dije— y continué mi camino. La voz siguió relatando su conocida lista de personas que

no estaban dentro de los límites en los que uno se podía considerar libre.

—Tú no eres libre, ni lo es tu padre, ni tu madre, ni los hermanos que tienes. No es libre el que canta como libre, el que hace poemas con temas de libertad, el que se expresa libremente como los pájaros que dirigen sus vuelos en la dirección que en cada momento les agrada.

—Ya, ya. No soy libre. Lo sé. Pero hay muchas personas que son libres.

—No. Te equivocas. No hay nadie que sea libre por completo —me contestó la voz.

—Bueno. Está bien. Yo no soy libre, y no hay nadie libre del todo. De acuerdo.

Julio Corriente había llegado a la tienda de coches para ver algunos modelos recién salidos de fábrica. Estaba recorriendo esos días los concesionarios de las diversas marcas existentes en el mercado. Le acompañaba un tormento llamado preocupación. Una preocupación que le mantenía envuelto en el manto de la indecisión. Cada modelo que le enseñaban era el modelo que le conquistaba y satisfacía sus aspiraciones. Los condicionantes le rodeaban, le envolvían, le ahogaban.

Yo no tenía más remedio que dar la razón a la voz. No soy libre, no es libre Julio Corriente. Somos esclavos de nosotros mismos, es verdad.

—Ya te lo decía yo. Me alegro que estés de acuerdo conmigo. —Esta vez la voz suavizó su tono y su timbre acaramelado se quedó en la trompa interior de mi sentido auditivo. Me sabía a caramelo la alegría que mostraba la voz porque yo estaba de acuerdo con ella en algo. Era un sabor dulce que ayudaba a hincharse mi sentido de lo propio, mi ego.

—Una cosa te pediría, si es que la sabes — pensé.

—Dime cuál es, —insistió la voz.

—Que me digas o me aclares qué se necesita para ser libre.

—Ah, mi amigo. Es muy fácil. Pero al mismo tiempo es muy difícil.

—No me lo compliques tanto —le dije a la voz impacientándome más de lo permitido en circunstancias en las que todo es serenidad y calma. — Exige lo que quieras que soy capaz de sacrificarme para conseguirlo —añadí—.

—Creo en tus buenas intenciones, —dijo la voz— pero no creo que consigas lo que pretendes. Puedes iniciar el camino, puedes acercarte poco o mucho. Pero llegar del todo, te va ser casi imposible. Ya has visto a Julio Corriente que va por la vida, convencido de que es el dueño de la libertad. Se cree dueño de sus situaciones y no percibe cuando éstas le rodean y le envuelven. Tiene medios económicos para darse los caprichos que él considera que le hacen falta para ejercer el oficio de hombre libre, crea personajes en sus novelas y les infunde el halo de libertad. Viaja en busca de mayor libertad porque no es libre del todo. Posee más limitaciones que tu mismo, si te paras a pensar.

—Bueno, todo esto habría que verlo —contesté a la voz sin calibrar el alcance de mis palabras.

Se acercó un chico, dependiente del establecimiento de coches, y se ofreció para guiar a Julio Corriente en la búsqueda del modelo apropiado. Se dejó guiar. Las explicaciones eran impecables y las respuestas a sus dudas, exactas. Asientos reclinables y de servicio ambivalente, maletero amplio y sistemas de seguridad a prueba de bomba, como se suele decir, aunque nunca sea verdad. Color plateado, metalizado, con brillo de

primera. Los mandos asequibles para leves movimientos de las manos, incluso los mandos del aparato de radio. CD incorporado y cinco altavoces instalados para una sonoridad llana y placentera en las conducciones de los viajes largos.

Le agradaba el producto ofrecido, y sin embargo salió sin dar demasiadas explicaciones y sin comprometerse lo más mínimo con la compra o con las condiciones ofrecidas en la oferta especial con la que estaban promocionando el nuevo modelo.

Aquella vez la voz siguió callada. No se pronunció en ningún momento. Ni me reprochó por el atrevimiento con el que Julio Corriente se estuvo moviendo mientras duró la demostración, ni alabó su conducta. Una abstención que yo en aquel momento interpreté como favorable.

En la cafetería donde entró para tomar un café encontró una exposición de objetos menudos sobre una de las cuatro mesas a la derecha de la puerta de entrada. Un vendedor, con piel de color negro, sentado al lado, mostraba cada objeto y las diversas posibilidades de uso que tenía. Regateaba el precio porque los clientes de la cafetería ofrecían a la baja. Julio Corriente compró un encendedor con figura de elefante, imitando al cobre. Él no fumaba, pero lo llevaría para regalarlo en cualquier momento y al primero que le pidiese fuego. Porque Julio corriente era generoso cuando se lo proponía, y eso sucedía con relativa frecuencia.

Me pareció oír en mi interior la voz que me susurraba que aquel vendedor vestido de color oscuro, no era libre. Yo no había seguido los pasos de Julio Corriente, ni estaba aún en la cafetería donde él entró para tomar un café. Pero algún motor imperceptible hizo funcionar la imaginación, y vestida con ropajes de intuición natu-

ral me colocó por unos momentos ante aquella escena, que por otra parte era frecuente en la ciudad.

Como si estuviera ante mí el vendedor con traje de color oscuro. Allí, colocado en medio de la escena, estaba oyendo la voz que me seguía, pegada a mi personalidad como lapa cariñosa que suavizaba mis conductas. No era libre el personaje negro que en la cafetería ofrecía sus objetos, ni lo había sido en su país antes de emprender la aventura que ahora estaba corriendo. Fue la necesidad la que le obligó un día a decir adiós a los suyos, a subirse a un camión derrengado y llegar al puerto para viajar sobre las olas del mar a otro país. Allí vivía una existencia inferior, impuesta muchas veces por las leyes implacables de la esclavitud, pero aquí las condiciones no eran mucho más favorables. Todo el día en la calle, todo el día cargado con la mercancía, todo el día obligado a llevar puesta la sonrisa en aquella cara de color, con brillo de buena persona.

La voz me hizo ver que las apariencias engañan una vez más, que aquel joven con piel de color no se movía por gusto o con el agrado rebajado con el que se mueve la gente que se ve obligada a trabajar. Sus circunstancias se veían limitadas, además, por una nueva dictadura.

Sí, la voz se explicó y yo pude entender algo más. El vendedor de la cafetería y sus compañeros que en aquellos momentos recorrerían otras calles y entraban en otras cafeterías, eran como piezas de un engranaje que alguien movía para sus intereses. Ellos ponían el trabajo, ellos sufrían el frío del invierno o los calores del estío, y lo gordo de las ganancias iba a otros bolsos, mejor situados. Una explotación camuflada. Explotación que los vendedores se veían obligados a callar y ocultar por temor a perder el privilegio de ser explo-

tados. La voz insistía con machacona constancia que el temor era grande, no un temor cualquiera. Temían con motivo, aunque nunca debería haber motivo alguno que obligase a las gentes a temer la pérdida de condiciones degradantes y esclavizantes. Pero habían montado así la vida los que manejaban los hilos de las conductas ajenas.

Precisamente Julio Corriente recordó aquella tarde las historias que le había contado, días atrás, uno de aquellos vendedores de color. Allá en su país había dejado a sus mujeres, cuidando de sus hijos. Sí, sus mujeres porque según le había explicado con abundancia de detalles, él tenía tres mujeres, legítimas las tres, reconocidas las tres, y las tres compartiendo juntas el mismo techo. Difícil de comprender para nuestra cultura y nuestra manera de organizar las vidas y las familias. Para ellos era lo natural y normal como es natural y normal el respirar o el caminar con ritmo rápido cuando se tiene prisa.

Todos los años regresaba para ver a sus mujeres y a los hijos que cada una de ellas le habían dado. Volvía después de trabajar durante nueve o diez meses en España. Aquí amasaba los ahorros que llevaría para el mantenimiento de los suyos el resto del año.

Lo recordaba Julio Corriente mientras se movía en busca de los objetivos perseguidos día tras día, mientras se movía para encontrarse con amigos que le ayudasen a gastar los minutos perdidos de sus días de asueto. Tuvo deseos en más de una ocasión de viajar a esos países, y conocer de propia mano las costumbres que le había participado de palabra el amigo de color que vendía por los bares del barrio.

Yo por mi parte, me encogía y me ocultaba en las telas de mi propia cobardía mientras bajaba las escaleras

que de la plaza conducen a la orilla del mar. Caminaba solo viendo moverse las olas, sin pensar en nada concreto. A lo lejos, los barcos pequeños se movían al ritmo del oleaje. Daba la impresión que los ocupantes de los barcos estaban pescando o disfrutando de unos minutos de baño.

Otros barcos, más grandes, de dimensiones considerables, surcaban en dirección a poniente. Mi corto saber sobre barcos o sobre cosas marinas hizo que espontáneamente asociara los barcos grandes a los petroleros que llenan de suciedad las aguas del mar y las orillas de las costas, sobre todo si se tiene la mala fortuna de embarrancar y partirse en dos. Entonces las consecuencias podían ser terribles. La libertad de muchas personas se vería seriamente amenazada como consecuencia de los efectos de lo que han dado en llamar "mareas negras".

Entonces las condiciones de vida para mucha gente se podían complicar. Las olas traerían la macabra mercancía, esparcida sobre el agua, hasta embadurnar las playas y las costas. Más de una vez había pasado, lo recuerdo. Era la libertad caprichosa del destino y del mar quienes asediaban y reducían las libertades individuales de las personas que dependían de condiciones favorables, incluso para poder vivir.

Abajo, a la altura de las aguas vi a Julio Corriente caminando con aire desgarbado, como sin saber a donde dirigir sus pasos. La verdad que no sabía si era o no Julio Corriente, pero para mí, en aquel momento, era él mismo. Mi vista holgazana, empequeñecida por la distancia y por el resplandor del sol, le siguió unos momentos más.

Sobre el muro que separa el paseo marítimo del agua salada tenían recostadas las cañas de pescar los pes-

cadores de a pie. Eran muchos y estaban colocados a distancias proporcionadas para que sus anzuelos no se enredasen con los de las cañas de los demás. Habían pescado algunos peces pequeños.

Los niños que iban de la mano de sus padres se quedaban mirando los peces de las cestas. Aquellos peces habían sido libres, según me pareció a mí, pero se les había acabado el estado de libertad al querer alimentarse y topar con la trampa del anzuelo que les había ofrecido la caña del pescador. No necesitaba el apoyo espontáneo de la voz consejera que siempre me acompañaba, porque era tan obvio y elemental que hasta los niños que caminaban por allí de la mano de sus padres podían entender.

Las escasas nubes que habían aparecido sobre el horizonte desde primeras horas de la mañana se habían intensificado y su color claro se había convertido en manto oscuro con trazos de negro intenso.

Había parado el viento y las gaviotas andaban revolucionadas. Ya no se veía ningún barco, ni grande ni pequeño, sobre las aguas del mar. Entonces me quedé mirando la inmensidad de las aguas. Me pareció escuchar la pregunta que instintivamente estaba esperando ¿Son libres las aguas del mar?

Embebido en no sé que pensamientos extraños, levitando en limbos de indecisiones rutinarias, me fui acercando al centro de la ciudad. El manto negro de la noche se hacía espeso ya a esas horas y el silencio dominó la situación.



2

Con el lápiz del recuerdo entre las manos de mi existencia tracé renglones rescatados al olvido y fui llenando cuartillas, página tras página, con las letras del caminar. Era el camino hacia el destino que me esperaba, era el camino tortuoso de situaciones diversificadas, con sus problemas y sus soluciones, el que me ofrecía un día tras otro las posibilidades de acercarme a mi propia libertad.

Sentado ante el escritorio recordé una vez más algunos detalles de la infancia inolvidable. Las carreras por las calles del pueblo tras las mariposas de colores chillones, el chapoteo en los charcos junto al pilón donde abrevaban los ganados, el subir y bajar a los árboles en busca de los nidos de los pájaros, los primeros cigarrillos fumados a hurtadillas en la penumbra de las portaladas, las piedras lanzadas con la malicia de escasos años a las ventanas de las chicas... y el pensamiento volando en un mundo que quería escaparse demasiado deprisa.

Lo iba escribiendo, y revivían de nuevo las sensaciones de antaño. Pero algo impedía que volviera sobre la realidad que alimentó mi ilusión en los tiernos años de mi despertar.

Julio Corriente lo tenía más fácil. No era su costumbre detenerse para pensar, para valorar los pros y los contras de las cosas y de las decisiones. Era más espontáneo. Se creía libre de tantas ataduras inútiles en una posición aventajada como la suya. Tenía que violentar, es verdad, su propia manera de ser cuando se sentaba en el escritorio para dar vida a los personajes de sus obras literarias. Entonces era cuando menos libre se sentía. Se imponía nuevas obligaciones, aunque no fuera más que el respeto a sus personajes y la coherencia de dejarles hablar a su antojo.

Pero yo no podía evitarlo. Se llenó de paciencia el cuenco de mi aguante y regresé sobre mis pasos a los pasillos existenciales de la infancia. Entonces no fui libre como para hacer lo que quería, aunque era libre para pensar a mi manera. Mi pensamiento era muy pequeño también, con ansias de crecer como habían crecido los pensamientos de las personas mayores que me daban consejos.

Día tras día me daban consejos, sujetaban el giro de las actuaciones con limitaciones predeterminadas, y no encontraba el apoyo de ánimo para seguir adelante, sino que por todos los costados me encontraba con las prohibiciones de que tanto lucían los mayores. “No hagas esto,” “no vayas por ahí”, “no corras tanto”, “No vayas tan despacio”... ¡Qué aburrimiento, solo pensarlo!

De algo sí quiero confesar que me sentía libre, aunque lo supe pasados los años. No sentía sobre mis espaldas el peso de la responsabilidad de los padres, porque entonces yo era solamente hijo. Los padres eran los que tenían que traer la comida a casa y prepararla y vestir a los hijos y hacernos reír aunque no tuvieran

ganas. Ellos trabajaban en el campo o en la fábrica para ganar los euros que se necesitaban para comprar las cosas de los hijos y sus propias cosas. De todo eso seguro que estaba liberado. Era uno de los derechos inherentes a los hijos, bueno, uno de los derechos de los niños

Pero ¿Quién aguantaba las malas pulgas del maestro o del cura? Nosotros, los niños. Ahí fallaba la comprensión y la competencia de los mayores para respetar nuestros merecidos derechos de niños.

El lápiz, a veces, se hacía el fuerte y se negaba a escribir con fluidez. Se pegaba a mis dedos y se atascaba sobre el papel. Era un lápiz sin recuerdos, como un cable por el que se deslizaba la corriente de mi imaginación, y no le gustaba. Quería su propia libertad, ser el mismo, no servir solamente para dejar pasar las inspiraciones de otros. Ni para revelarse le habían enseñado el método.

Allí, sentado como había estado en tantas ocasiones, me propuse empujar mi voluntad por el sendero del trabajo. Pensé en Julio Corriente y me pareció que su imaginación deambulaba por las esferas de lo desconocido y sus dotes de escritor por los surcos de las semillas que germinaban en el silencio de la profunda tierra. Cuando abrí un poco más los ojos pude contemplar lo insólito del atrevimiento que saltaba de sí mismo para destacarse de los que estaban atrapados bajo yugos de legales despotismos. Saltaba más y más, pero su pequeña estatura le impedía sobresalir como era su deseo y su afición.

Bajé los ojos para besar los suelos de una forzosa humillación sin restañar lo más mínimo los sentidos interiores. Estaban enteros como lo habían estado en los tiempos de tribulaciones y sacrificios, como lo ha-

bían anhelado los corazones de la libertad perdida. Era como cuando uno empieza a gatear y a moverse por el suelo de la casa de los padres. Uno ve y coge cuanto tiene a su alcance. Todo lo hace suyo y si a uno le dejan, todo lo destruye con la facilidad con la que camina el viento.

Pero yo me había quedado quieto, en el mismo lugar donde me dejaron los recuerdos que se fueron sin despedirse. Un halo de tristeza cubrió el sueño de niño travieso y empecé a pensar.

No estaba allí conmigo la niña de mi pensamiento, la diosa de los deseos intensos y de la sonrisa embriagadora del encanto. No estaba allí porque el tiempo la empujó suavemente hacia delante, no estaba conmigo porque había preferido otros acompañamientos. Como esclavo que no vive en sí mismo, como peregrino que camina sin cesar hasta llegar a la meta del peregrinaje, como águila que vuela sobre las cosas pequeñas de los campos en otoño, así me dejaba arrastrar por el destino en el río caudaloso de tantos acontecimientos históricos.

Con la sensación de ser yo pero caminando en cuerpo extraño seguí el camino trazado por luces superiores. Y en la oscuridad inesperada del desconsuelo me perdí.

No eran aquellos los tiempos en los que me empecé a enamorar, pero se le podían parecer. Quizá no se pueda llamar enamoramiento al sentimiento que le brota a un niño de ocho o nueve años cuando le hace tilín la presencia de una niña de su misma edad.

Me había dado cuenta a la salida de la escuela una tarde espléndida de primavera. Los árboles frutales se habían puesto sus vestidos floreados y los pájaros iniciaban la construcción de los nidos en los que preten-

dían formar una familia, con hijos y todo. Era rubia, con ojos verdosos y sonrisa de par en par cuando estaba contenta. Me miraba con la mirada tierna que hace que se le caigan a uno los pantalones de la vergüenza y se sienta como desnudo, sin las protecciones artificiales de los vestidos.

Ya se comentaba entre los amigos míos y entre las amigas de la rubia de los ojos verdosos que nos gustábamos, que queríamos ser novios.

Me molestaban esas consideraciones, que las más de las veces se hacían para observar la reacción de los interesados. Pilar se ponía colorada como los tomates maduros en esas situaciones. Los dos nos mirábamos con el embeleso de la inacción y el desconcierto. Pequeños traviesos que nos gustábamos con el gusto blanco de la infancia, que no sabíamos dar otros pasos que no fueran los de dejarse llevar de la mano de los acontecimientos, sin la libertad que da el sentido de elegir lo que a cada uno le agrada.

Pero Pilar y yo éramos novios, novios de nueve o diez años, novios porque así lo habían querido los demás. Pero con todo, nos gustábamos, nos buscábamos y, de vez en cuando, nos encontrábamos.

No habían llegado aún los tiempos en los que yo le tenía envidia a Julio Corriente. Él tenía cosas que yo deseaba y me era imposible poseer, se desenvolvía mejor que yo, y le miraban con mejores ojos las chicas.

Claro, que estas apreciaciones, sin ser ciertas, a mí me producían una sensación de molestia, y desembocaban en un mar de inseguridad en el que me parecía ahogarme.

Julio Corriente, por el contrario, era el chico seguro de sí mismo que hemos visto en los episodios de aventuras, el protagonista al que le salían todas las cosas

bien. Era envidia, pero sobre todo el temor de que me quitara a la niña de mis sueños apenas lo intentara, como siempre, me ponían fuera de mis casillas.

Me sentía atenazado por cadenas de celos sin sentido. Julio Corriente no se había fijado nunca en Pilar, entre otras cosas, porque todavía no la había conocido. La conocería mucho tiempo después, pero mis temores crecían como crece la hierba en los prados de alta montaña al final de la primavera.

Me decía a mí mismo como justificación de una fingida seguridad, que la niña de los ojos verdes y cabellos dorados no entraría nunca entre las preferencias de Julio Corriente, que sus preferencias estarían en otras caras y otros ojos. Sin embargo, yo tenía miedo a una intromisión espontánea de Julio Corriente en la escena del juego y a que me ganara la partida una vez más. No sabía nada de Pilar desde los años de la primera enseñanza, pero temía perderla cuando entrase en escena y fuera captada por el instinto conquistador de Julio Corriente.

No le había dicho nada a Pilar de los sentimientos que en mí se alimentaban para hacerme atrayente para ella. No se lo había dicho porque entonces no sabía decir esas cosas como me parece que supe decirlas después. Ella tampoco había hablado conmigo con palabras nítidas y claras como para que no hubiera dudas. Pero nuestras miradas se cruzaban tantas veces como lo pretendiéramos, porque a la iniciativa de uno estaba la espera del otro. Complicidad tras complicidad, se acercaba los deseos de Pilar hacia mí, y a mí me empujaban hacia el cuerpo alegre de mi niña preferida.

Temor que se convirtió en pavor y desolación el día que les vi juntos, sentados a la puerta de los toriles, hablando de sus cosas o de las nuestras, quien sabe, por-

que desde mi punto de observación no pude distinguir los sonidos de sus voces. Julio Corriente y Pilar, juntos.

Me escurrí como se escurre la lagartija por entre las piedras al oír el ruido de las pisadas del enemigo. No salí de casa en toda la tarde, lo recuerdo perfectamente. Me enfrasqué en mi propia melancolía y divagué por lugares y espacios. Fue un sueño de los más atormentadores que he tenido antes y después de esa etapa de juventud en la que se vive en plena euforia.

Entonces unas luces bajaron por la ladera de lo conocido y se me hicieron familiares desde el primer momento. El encuentro con lo cercano efectuó una especie de liberación anhelada que pude vivirla como si en realidad hubiera sucedido a mi carne mortal. Se quedó cobijado en la quietud de mi cobardía el encanto encontrado tras laderas de otros paisajes. Trabó la amistad y me hizo feliz.

Estaba postrado, junto a la puerta del ayuntamiento el mendigo del bastón. Pedía porque necesitaba seguir viviendo, porque era una manera de gastar la tela de su vida, porque no le habían enseñado a hacer otra cosa.

Con la inercia de lo automático se movía a derecha e izquierda al encuentro de alguien que quisiera recibir el boceto de su sonrisa. No era su día. No era el día marcado por los astros para bajar a ras de suelo.

Pero el sol había salido por la mañana, al alba más madrugadora, y había salido para todos. Para los que estaban despiertos y para los que aún dormían al calor de los cuerpos amados. Para todos lucía su ropaje de fiesta como si fuera ese su deseo, cuando en realidad estaba cumpliendo un recorrido predeterminado y escrito desde siempre en las cuartillas cuadriculadas del

tiempo. Era pretencioso en su trono al creerse libre, al considerarse rey del resto de los astros que le rodeaban, siendo como era el elemento más manejado y utilizado para el servicio de los mortales, sin que nada pudiera hacer para evitarlo. Su deseo de libertad se quedaba también en eso, en simple deseo.

Yo no disfrutaba de las delicias del sol, ni de los aromas de las flores de los árboles frutales de las huertas, ni de la brisa de la tarde. Sufría la humillación de la derrota en el campo del amor. Estaba ganando Julio Corriente, y desde entonces creo que le tengo despego y lejanía, cuando se fue enfriando la envidia y el odio.

Y la nube caprichosa volvía sobre nuestras cabezas, amenazante, con las aspas esparcidas a los cuatro vientos para hacer que destacase la aparatosidad de su montaje. Y los truenos escapados de escopetas misteriosas que nos asustaban de verdad, que nos obligaban a escondernos entre faldas de madres protectoras, y que se deshacían a la velocidad del suspiro, y volvía a la nada de su existencia anterior. No iban ni venían a su antojo. Eran empujados también para venir y para desaparecer.

La tarde murió en brazos de una noche apacible y tranquila cuando todavía Julio Corriente paseaba junto al rompeolas del puerto, y yo seguía sentado en lo alto del acantilado cercano. Había permanecido allí para seguir sus movimientos, para descubrir algún atisbo de sus deseos de libertad. Pero la noche todo lo tapó de nuevo.

Me pareció, sin embargo, distinguir en la luz la libertad que andaba buscando y me tropecé con idéntica sorpresa. No se podía separar voluntariamente de su propia sombra, no se podía arrancar del tronco la si-

lueta de acompañante tan poco atrayente y amena. Su destino había unido su cuerpo al de la cara enlutada de su figura.

—¿Qué extraños telares manejas últimamente, que no te encuentras ni a ti mismo? —oí en el interior de mi silencio.

—No, ninguno —contesté como hubiera contestado un autómata de los fabricados para que se les conozca con el nombre de robots—.

Sin dar importancia a la pregunta anterior, me reí de mí mismo y creo que también me reí de mi propia sombra sin tener la certeza que me acompañaba en aquellos momentos. Pero sabía con cierta precisión que la soledad no era buena consejera ni en los momentos de vientos favorables. Por eso, di media vuelta al pensamiento y lo encaucé hacia la placidez de la casa materna.



3

Estuve buscándola por rincones y por descampados sin conseguir que la pista de su rastro me acercara a su presencia. Subí al carro de la divagación, sin quererlo. Remonté el tiempo y me encontré, cómo no, con Julio Corriente haciendo de chico simpático en una de esas reuniones de jóvenes a las que éramos tan aficionados en aquellos años.

Estaba en medio del grupo. Se movía con facilidad y su mirada se cruzaba con demasiada frecuencia con la mirada de Pilar. Los cabellos de Pilar relucían de una manera especial aquella tarde de verano, y sus ojos se salían de las órbitas tras la mirada del galán de la tarde.

Yo estaba también en medio de aquellos adolescentes y también miraba con atención el rostro de Pilar. Me sentía molesto en la escena por la actitud de Julio Corriente, quien no se quedaba con la atención de ninguna chica, pero las tenía a todas como en un puño. Ahora, más que entonces, me parece que desempeñaba a la perfección el papel del pelo que se encuentra en todas las sopas.

Me moví en dirección al paseo marítimo, pero la escena de aquel lejano verano me acompañó el resto de

la tarde, una tarde fría de invierno en la que la bruma gris se va metiendo paulatinamente en los huesos de cualquier mortal que se atreva a pasear junto a las olas.

Julio Corriente no había sido nunca mi amigo, y sin embargo no podía alejar de mí su presencia. Me había acompañado desde los años de la infancia, desde aquellos recreos tortuosos del colegio, porque ya entonces sobresalía de los demás por su excesiva petulancia. Era como la mariposa de todas las flores. Pero lo que en realidad me enervaba los nervios, esos nervios de niño callado que soporta lo que le echen, era la facilidad con la que atraía la atención de los demás tan pronto como se hacía presente entre nosotros.

Divagué como no lo había hecho hacía tiempo, y el recorrido por lugares y circunstancias llenaron el tiempo de aquella tarde de verano, tranquila y apacible. Las olas estaban descansando de sus ajetreadas tareas del tiempo de tempestades, con oleajes gigantes y avasalladores.

No había vuelto a ver a Pilar desde que dejamos la escuela allá cuando cumplimos los trece o catorce años. Ella se había marchado del pueblo, no sé si a vivir con sus padres o con algún otro familiar, porque en el pueblo estaba en casa de unos tíos desde muy pequeña. Quizá había ido a seguir estudiando a la capital ya que en la comarca en la que nos criamos no existía entonces ningún centro de estudios de enseñanza media como los que hay ahora.

Yo también tuve que emigrar a otra ciudad, algo más alejada, para continuar subiendo esa escalera de la educación continuada que me llevaría a la cima de unos estudios superiores. Lo cierto es que no nos habíamos vuelto a ver. Eso no era óbice para que no la recordara con pelos y señales como se suele decir.

Me senté al borde del acantilado y me pareció que Pilar se me acercaba sobre la tersa capa salada del mar. Venía sobre su propia inercia, despacio como masticando con regusto el alimento de algo saboreado con anterioridad. Sus ojos eran más verdes y más luminosos, más alegres y al mismo tiempo distraídos, más cariñosos desde la presencia inventada por los impulsos de la imaginación. Las ruedas del carro en el que yo había subido momentos antes daban vueltas y avanzaban sin cesar como avanza el tiempo al que nadie se atreve a parar. Venía hacia mí. Su presencia llenó de calor el pensamiento vivo sobre el que yo me sustentaba, y cerré los ojos impulsado por la satisfacción. Algo especial viví entonces, y no quería desasirme de aquello tan bonito aunque estuviera clavado con clavos de viento a la superficie de un tiempo que se va sin más.

No sabía si era gusto o placer. Era como vivir la sexualidad nadando en piel ajena, como esquiar sobre nieves intocables del pasado. No quise abrir los ojos porque cualquier realidad presente me hubiera desquiciado el carruaje y lo que era peor, me hubiera traído la presencia atormentadora de Julio Corriente para estropear lo bonito de la tarde. Porque sucedía siempre que él entraba en escena.

A lo largo de los años se hacía presente Julio Corriente en el recuerdo para atormentarme. Yo no estaba preparado para el encuentro con amigo tan desleal, con individuo tan avaricioso que todo lo quería para él, aunque después no se sirviera de casi nada. Era como si todo lo que tocaba lo contagiara para que nadie más se atreviera a hacerlo suyo, como el perro del hortelano que ni hace ni dejar hacer.

La imagen de Pilar sobre la placidez de las aguas se había esfumado porque mi pensamiento estuvo de-